

traban productos ingleses por valor de noventa y seis mil libras más que los que en Chile, Perú, Colombia y Méjico se introducían.

Mucho más rápidamente ha coadyuvado al adelanto humano el invento de Fulton desde 1807, que cuanto había avanzado desde el día en que un gajo arrastrado por la corriente diera la primera idea de la navegación.

Todavía no han sido bastante ensalzados estos tres grandes benefactores de la humanidad: *Franklin, Fulton, Edison*.

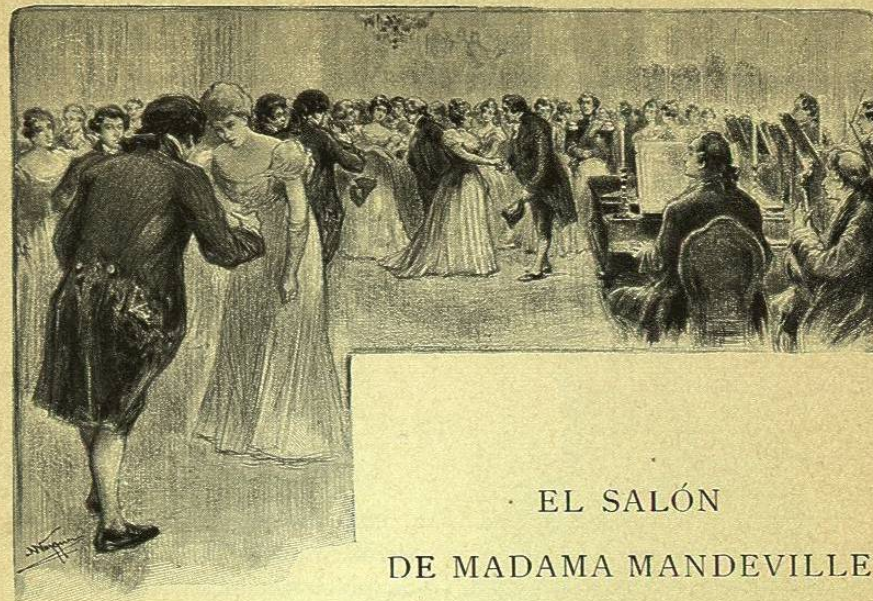
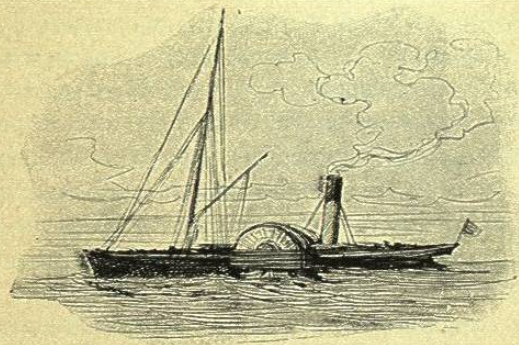
El vapor ha transformado la tierra, y también las aguas.

Él domina la cima y el abismo, perfora la montaña, ensancha los mares y aproxima sus riberas, abreviando el tiempo y la distancia.

El progreso que á él debemos en nuestros usos y costumbres, hábitos y refinamientos, bien merece digna recordación, como el capitán Bell en el septuagésimo aniversario de su arribo.

Salvemos del olvido el nombre del buque que hizo conocer á nuestros abuelos la potencia de su máquina en sus primeros tímidos ensayos hacia la Ensenada, donde no llegó, ó á San Isidro, al que no volvió.

¡Gloria al descubridor del vapor, que ha confortado y hermoseado la habitación del hombre!



EL SALÓN
DE MADAMA MANDEVILLE

I

Era este salón el más concurrido desde antes de llevar ese apellido la señorita Sánchez, que fué igualmente señora de Thompson, tres nombres distintos y una sola verdadera. Fué también el más largo, no sólo por sus trece varas de longitud y seis de ancho, en el que llegaron á bailar sesenta parejas á la vez, sino porque reunió lo más selecto de nuestra sociedad.

Desde antes de 1806 hasta después de 1866, en largo medio siglo, con breves interrupciones, pasó por él cuanto de notable llegaba al país. Tan consecuentes fueron sus comensales, que todavía en esta última fecha concurrían, treinta años ha, algunos de la juventud elegante de 1837.

Ya *el año de la reconquista* se reunían en torno á la mesa de malilla las bellezas de su tiempo, rodeando al *virrey de la victoria*, general Liniers, y codeándose Puyredón, Sáenz Valiente, Sarratea, Lezica, Escalada y Almagro con Berresford y sus ayudantes, que hallaban en tan amable sociedad lenitivo á sus breves horas de prisión.

No fueron meras sonrisas de trivialidad, efímera galantería ó crítica de modas lo que en ese ambiente de tolerancia y cultura se desarrollaba. Entre dos amables cortesías, San Martín combinaba con el mayor Alvear

el color del uniforme y el equipo del «regimiento de granaderos,» que ambos organizaban, entrando allí al pasar para el cuartel del Retiro (1812); como Rivadavia, en otro ángulo del salón, daba los últimos toques al «Reglamento de la Sociedad de Beneficencia» (1822), y en 1826, el almirante Brown ofrecía al general Balcarce bautizar con su nombre el buque más velero de la escuadra, en recuerdo del que firmó el parte de nuestra primera victoria. Mientras señoritas y caballeros *flirteaban* en la danza, la amable dueña de casa dábale tiempo para secuestrarse breves momentos en el aposento de sus secretos y trazar con la velocidad de su pensamiento páginas que han quedado hasta nuestros días palpitantes de sentimiento patrio.

II

La noche del 15 de octubre de 1812, numerosísima era la concurrencia. Ostentaban sus joyas y belleza en estrado principal las primeras patriotas argentinas, que ofrecieron al Gobierno el armamento costeadó con su propio peculio, elevando la nota que la señora Thompson terminaba con este bello pensamiento: «Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad.»

Acompañaban á esa activa secretaria perpetua de toda noble iniciativa las señoras Quintana, Remedios, Nieves, María y Eugenia Escalada, Ramona Esquivel y Aldao, Petrona Cordero, Rufina de Orma, Isabel Calvimontes de Agrelo, Encarnación Andonaegui, Magdalena Castro, Angela Castelli de Igarzábal y Carmen Quintanilla de Alvear. Esta y el dueño de la casa, Sr. Thompson, hacían *vis-à-vis* en la cuadrilla de honor al mayor Alvear con la espiritual Mariquita; el comandante San Martín acompañando á la señora de Escalada, y el general Balcarce á la de Quintana. A las de Azcuénaga, Casacuberta, Gómez, Elía, Luca, Riglos, Sarratea, Barquín, Balbastro, Rubio, Oromí, Casamayor, Soler, La Sala, atendían galantemente los señores Luca, García, Viamont, Rojas, López, Puyredón, Larrea, Tagle, Olazábal, Guido, mezclándose con el último alférez real Sr. Escalada el primer alférez de granaderos futuro general Necochea.

Pero la nota sobresaliente de esa tertulia, en celebración de la victoria de Belgrano, no lo era tanto el capitán Helguera, que llegó á escape desde Tucumán con el parte oficial (rodeado en antesalas por militares, ciudadanos y aun sacerdotes, como D. Valentín Gómez, Molina, Rodríguez, pidiendo los primeros detalles de la acción, y todos, informes de sus deu-

dos en el ejército), como la gravedad del jefe de granaderos, amartelado cual simple cadete, ante la más jovencita, candidato oficial de tan tierna candidatura. El mes anterior ya había obtenido licencia para desposar á la que tan pocas horas le fué dable endulzar los días nublados del gran capitán.

Notado el idilio por la dueña de la casa, al pasar del brazo de Monteagudo, exclamó: «Observe usted á Hércules teniendo la madeja en que le enreda Onphala. ¡Parece que San Martín vuelve de Libia!...»

Y esta ilustrada señora de ingenio supo colocarse siempre al nivel de las exigencias, siendo la primera en todas las manifestaciones de patriotismo y de caridad. Fué así designada por sus compañeras para pronunciar el discurso tan sentido como elocuente, el 3 de julio del año 26, en la Sala Argentina, presentando al general Brown, á nombre del bello sexo argentino, una bandera de almirante, inscrito entre orlas de laurel en letras de oro: *Al día 11 de Junio de 1826*, que terminó con esta frase: «Ofrenda de su admiración, las señoras esperan que os acompañará en los combates que emprendéis en defensa de nuestra patria.» El bravo inglés, todo conmovido, contestó: «Que una vez enarbolada aquella bandera, no vendría abajo sino cuando cayera el palo ó se sumergiera el buque.»

Un poco antes, nombradas las primeras socias que formaron la Sociedad de Beneficencia, esta su secretaria fundadora ofreció la comida de recepción, á la que, si no faltó ninguna de sus consocias, sí faltaron más de una pieza de su numerosa vajilla de plata, pues marino inglés tuvo la habilidad de sustituirlas por loza inglesa, tratando de convencer que más valor tenía una porcelana china, ó cristal de Bohemia, que fuente de plata maciza del Perú; á lo que la anfitriona contestaba: «Sí, pero como ya ha dejado de ser nuestro el Alto Perú, Potosí acabó para nosotras.»

No impidió esto que enviara al contralmirante la bandeja de plata tan



Bernardo Monteagudo, ministro de San Martín

elogiada, añadiendo la negrita esclava, recado en su media lengua: «Manda decir mi amita que las naranjas también son para su merced.» El contenido fruto era del hermoso naranjo de su patio, y el continente, obsequio del Sr. Lezica, hecho á martillo en Chuquisaca.

Rodeaban á Madama Mandeville la presidenta de la Sociedad de Beneficencia, doña Mercedes La Sala, y á su izquierda la vicepresidenta María Cabrera; en frente, á uno y otro lado de la otra secretaria, Isabel Casamayor de Luca, doña Joaquina Izquierdo y doña Manuela Aguirre, siguiendo las señoras Cossio de Gutiérrez, Foguet de Sánchez, Azcuénaga, Cipriana Viana y Boneo, Isabel Agüero, Josefa Ramos y Chavarría de Viamont.

Alegre y concurrida tertulia siguió á la comida, en que descollaban por su gracia y *sprit* las Sosas, López, Sarratea, del Pino, Coronel, Lezica, Lozano, Garrigós, Espinosa, Darragueira, distinguiéndose por su galantería los jóvenes: Garmendía, Azcuénaga, Alcorta, Terrero, Gómez (D. Goyito), Wilde, Lezica, Olazábal, Balcarce, Elía, Luca, Calzadilla, Olaguer Feliú, Varela y otros.

III

Delgada, de baja estatura, no llegó á ser una belleza, al par de la de sus hijas y nietas, remarcables tipos de esbeltez, sobresaliendo, sí, por aquella otra más durable belleza de la inteligencia, como lo comprueba su atracción, rodeada de todo lo más distinguido, y por su gran corazón y obras de beneficencia, que en pos de sí ha dejado. Su fina educación, desde los primitivos tiempos de la *patria vieja*, le hacía descollar, así en su fácil expresión en diversos idiomas, cual por su habilidad en el clave, el arpa y el canto.

De su ilustración como escritora dejan muestra numerosos documentos en el archivo de la Sociedad de Beneficencia. El general Guido la compara en sus cartas á Madame Récamier, y el poeta Echeverría, oyéndola cantar al arpa sus poesías, en música de Esnaola, la denominaba *la Corina* del Plata.

En una de esas tertulias, después de encargada la sociedad del Colegio de Huérfanas, tuvo ocasión de escapar á su saloncito para escribir, entre dos rigodones, la siguiente plegaria:

«Oración que se enseñará á los niños expósitos.

»Padre nuestro que estás en los cielos, tú eres nuestro solo Padre, ¡porque los que nos dieron el ser nos han abandonado y arrojado al mundo sin guía ni amparo! No los castigues, Señor, por esta culpa; pero danos

resignación para soportar nuestra orfandad. No permitas que cuando nuestra razón se desarrolle sintamos odio y rencor contra los autores de nuestra desgracia; que ella nos sirva de ejemplo para no imitarlos; danos, Señor, entendimiento para aprender, á fin de que podamos adquirir con nuestro trabajo nuestra subsistencia. Haznos humildes, pues tendremos tantos motivos para que nuestro amor propio sea irritado; danos un juicio recto para sabernos conducir; no nos abandone jamás tu misericordia; inspira caridad á los corazones que nos protejan para que no se cansen de nosotros, y ¡haznos, Señor, dignos de tu gloria!»

Fué, desde antes de su matrimonio, una de las más ricas herederas. La manzana entera, limitada por las calles hoy Cangallo, San Martín, Cuyo y Florida, se contaba entre los cuantiosos bienes de sus antepasados; la *Quinta de los Olivos*, desde las «Cinco Esquinas» hasta la Recoleta, y la Chacra de trescientas varas por legua y media de fondo, desde la lengua del agua, tras la iglesia de San Isidro, mínima parte fueron de sus riquezas.

La sociedad elegante de entonces, como al presente y en todo tiempo, siempre ha sido dispendiosa. Aunque en los tiempos que tradicionamos, al chocolate de la tertulia no seguía la mesa cargada de flores y frutas, ni la moda actual de nuevo traje por noche, ya había empezado á venderse en solares la gran manzana referida; por sólo catorce mil pesos la Quinta con lagares y esclavos, en la que ésta escribimos, y posteriormente en diversos lotes, los terrenos de San Isidro, excepto el contiguo al que habitara (hoy propiedad de la sucesión Gramajo), que regaló á una de sus íntimas para tenerla más vecina.

La casa que describimos á continuación, de tres altas ventanas con rejillas (apareciendo como en alto), abría su ancha puerta bajo el número 98 de la calle Florida (hoy 273), y subiendo sus cinco escalones de mármol, daba entrada al patio. Por la primera puerta de la derecha introduciase al gran salón, tapizados sus muros de riquísimo damasco de seda. En medio del techo de espejos, enmarcados en espléndido maderaje, pendía una riquísima araña de plata, y la gran chimenea francesa en el centro había ya substituído las antiguas copas de bronce con fuego. Muebles de brocado amarillo, bajo cortinaje de lo mismo, completaban su mobiliario; hacia el testero opuesto al alto estrado, el arpa y el clavicordio, donde ensayó el maestro Parera la música del Himno Nacional. Floreros y zahumadores en las esquinas, y sobre mesitas ó consolas de pie de cabra, altos espejos venecianos con plateados marcos de lo mismo.

En sus últimos tiempos, lucían una de las rinconeras, entre pebeteros